

# Viejas Postales Descoloridas

## PICULO

mayo 30 37  
por

Federico Villoch



**B**REVE, pero gloriosa, fué su vida artística. La gente de hoy lo conoce por referencia; pero los descoloridos de aquel entonces, fieles asistentes a los teatros "Alhambra" y "Lara", allá por los años de 1890 a 1902, sa-

ben que fué el actor más popular y aplaudido de nuestro teatro vernáculo, no superándole ninguno en la interpretación de sus tipos característicos, sobre todo, en el de asturiano o gallego "aplatanado", que al igual del italiano acrioliado del teatro bonaerense,

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

en el que constituye una de las bases cómicas de aquel teatro, se hace imprescindible en el nuestro, por su arraigo en la vida popular cubana; y aun en la alta, de donde llega, en repetidas ocasiones, a ser miembro importante.

Es costumbre entre la gente de teatro, sobre todo entre la clase que pudiéramos llamar de "doctores"—por la suficiencia con que hablan y legislan sobre asuntos de telón adentro—hacer distingos entre los actores de "gracia propia natural", y los que ellos llaman actores de "talento". El primer talento, y acaso el único de un actor cómico, o de gracia, es tenerla: lo propio que acontece con los autores, ya sean libretistas, ya músicos. Los hay, entre los primeros, que tienen en las puntas de los dedos la literatura universal—a Pirandello se lo saben de memoria—y no tiene sombra en cambio para escribir un mal pasillo cómico; entre los segundos, o sean los maestros, abundan, desgraciadamente, bastante, los que silban a Wagner y Stravinski mientras se están bañando; y no atinan sin embargo, a escribir una tonadilla pegajosa, ni la música ligera y pimpante de un vulgar cuplecillo de actualidad. A Pirolo, y a otros como a Pirolo, los "doctores" lo habían calificado de actor de "gracia"; y gracia. Ahora, que la tenía tan a montones, que le bastaba sólo con salir a escena para despertar la risa y los aplausos del público. Su buen humor era tan abundante y espontáneo, que, puede decirse, estaba constantemente en escena, causando el bienestar y la risa, tanto del público que tenía enfrente, en la escena, como el del que en la vida ordinaria le rodeaba: nada del actor misántropo a lo Garrik y otros por el estilo. Risa franca; risa pura; risa durante toda su vida; risa, risa, hasta en la hora de su muerte...

Quando únicamente se ponía serio y campanudo era si le tocaba

ba decir en escena algún parlamento en verso. En el diálogo, no; pero si tenía que monologarlo, sin darse cuenta lo convertía en una salmodia fúnebre que provocaba la carcajada del público y la desesperación de los infelices autores; fué Pirolo, sin darse cuenta un precursor de la técnica modernísima de la hora de ahora.

—Pero—decía— ¿ustedes no comprenden que es una estupidez que un personaje se ponga a hablar solo en escena; y además en verso?

Como artista, había trabajado mucho tiempo en la zarzuela española al lado de Valentín González, Ricardo Pastor y Maximino Fernández, recorriendo las Repúblicas de Centro y Sur América, hasta que de vuelta a la Habana, se unió a su hermano Regino López, e infundieron vida al género cómico cubano, en el que los dos conquistaron grandes triunfos.

Su compañera, la gaditana Josefina León, decía de él:

—Un asturiano de Grao, que parece un burro de Cádiz.

Una vez en escena, Pirolo inventaba de su cosecha frases, chistes y situaciones que, aumentando el valor de la obra, hacían al público desternillarse de risa: empleados y concurrentes al escenario obstruían las cajas y salidas para ver y oír las ocurrencias de Pirolo. Regino y él hacían una obra de Manolo Saladrigas titulada "Regino y Pirolo en competencia", en la que estaban **sublimes** los dos hermanos; casi toda inventada por ellos. Es de sentirse que pasen "estas cosas"; pero también es cierto que si no pasasen, no serían tan bellas...

Era gran amigo de cuantos tomeros pasaban por la Habana; y durante el gobierno de la Colonia no faltó a una corrida, siendo el íntimo del Guerrita; del Algabeño; de Fuentes; de Mejía; del Minuto; y en fin, de cuantos espadas se lucieron en los ruedos del vecino pueblo de Regla y de la Calzada de la Infanta; y alguna vez, en encerronas organizadas por los amigos, intentó poner banderillas.

...VANDORV BHOAISIGIONVT'

...amigos bojjttcos en de esos Blnocibtos' lojnetonalya es jatl- te' bol los Korelnan- n de todas las lejt-

...docente' lo wtao se njtcos jtamados' se- ceton bala los Bln-

...le Blnctico deaso de Btamentatou e jna- de ese eaditja de bedente plucolact- Btamemjengo de ja

...ros de njtcos epra- btoeasdes epruoa'

...e rodos njtcos Bo- tos epragencotnjta' Btencou Bteteente onpudalya a jecntes'

...Btjctones democla- o e jomel en ja con- jnabjtda en nj ea- eadlye Atente dalye e se lejtete e nj ol- ta de ja eprjlye' no nj je concede e jmb- Btamjnjengo bol ea-

...e ja Bxou de exte- de njtalye njtca e njnjtelytamjtdamem- bades jnabjtdes los

...e Bodeloso lejtico PATRIMONIO DOCUMENTAL

B

3

Su gran amigo y compañero de barras—en el doble sentido de la palabra—era un barrista americano que solía traer Santiago Puhones en sus temporadas ecuestres; y el cual no hablaba una sola palabra en español, entendiéndose el maromero y el actor en un lenguaje especial de mímica y términos raros que se habían inventado ellos para su uso; y así bebían, se veían; comían; y se entendían y se querían, de tal modo, que cuando en su última temporada vino el acróbata yanke y se enteró de la muerte de su amigo el cómico, se le oyó exclamar afectado:

—¡Carramba; mi lo sienta mucho!—Y lo lloró.

Sus grandes creaciones escénicas, que no habrán olvidado los descoloridos de "Lara" y la antigua "Alhambra" fueron: el asturiano lavandero y rumbero del sainete de Manolo Saladrigas: "A Guanabacoa la Bella", el gallego "agenciero de mudanzas" del sainete de Villoch "El Castillo de Atarés", y el comicísimo marinero de "El Primer Acorazado" que—¡ay!—no pudo representar más que unos cortos días, a causa de la cruel y pertinaz dolencia que le obligó a guardar cama unos meses, hasta su viaje a España en vías de curación inútil; puesto que a su vuelta reapareció en escena con la misma obra y se vió obligado de nuevo a abandonarla para no levantarse más del lecho. Ni aun en él, y en medio de los más atroces dolores, le abandonaba su buen humor.

Cierta noche, ya en sus postrimerías, vino a visitarlo, y pidió permiso a los íntimos del actor para acercarse a su lecho, un señor conocido del enfermo y de toda la gente del teatro, cuyo negocio consistía en venderles a los artistas, a plazos y a módicos precios, trajes para la escena, chisteras; fracs; smokings; y objetos, en fin, ya usados, pero todavía en estado aprovechable. Pirolo lo tenía siempre azarado con sus bromas en ese sentido. Aquella noche el ropavejero se acercó cariñoso—porque lo quería— al lecho del enfermo, ya próximo a su último día, y le preguntó:

—¿Qué hay? ¿cómo te sientes? Piro'o abrió los ojos; y al ver a su visitante y reconocerlo, le preguntó con el mismo tono de guasa que siempre había usado con él:

—Ah! ¡Tú!... ¿vienes a proponerme ataúdes de medio uso?...

La tarde que precedió a la noche de su fallecimiento, el doctor Fortún, que era su médico de cabecera, acudió solícito como siempre al llamamiento de los amigos del enfermo, después de un largo síncope que le acometió y que todos creyeron que era la muerte que tocaba, al fin, a las puertas del compañero. Fortún venía recién vestido con un impecable traje blanco número cien; y todo oloroso él a Colonia y a fino jabón de Hiel de Vaca. Pirolo extendió su pobre brazo escuálido a la inyección reconfortante que se preparaba a ponerle el doctor su amigo; y en el mismo tono de broma que tenía por costumbre usar con él, le dijo, con su voz débil, que ya empezaba a ser tartajosa:

—¡Ave María, compá ¿a qué bachata vas esta noche, tan taco y tan perfumado?...

Fueron las últimas palabras que pronunció en este mundo el popular y querido actor alhambresco José López Falcó, conocido por Pirolo. Exhaló su último suspiro aquella madrugada del día cinco de abril de 1902, rodeado de su hermano Regino López y de los amigos y actores de su compañía. Su entierro fué una espontánea y popular manifestación del cariño y la simpatía que había despertado en todas las clases sociales. Todos se disputaban en las calles del tránsito por cargar sus restos. Flores; lágrimas; elogios y sinceras frases de condolencia caían sobre su ataúd, tras el cual iba tocando la marcha fúnebre de Chopin la orquesta del Alhambra, siguiendo a pie los artistas de su compañía y de todos los demás teatros de la Habana sin ocultar su llanto y su pena. Se iba el buen amigo de todos; el cómico genial—bueno y modesto—que había hecho torcerse de risa a la isla entera:

¡Pirolo!

Federico Villoch.

*Mano de firma*  
 DOCUMENTAL